

La eternidad de la abuela

Pseudónimo: Calíope

No sé cómo confesarle la verdad a la abuela. La culpa es mía por permitir que semejante situación se prolongara en el tiempo. En mi defensa he de decir que cuando la vi de nuevo, me alegré tanto, que ni siquiera me planteé las consecuencias. Luego, comenzó a aparecer de improviso ofreciéndonos una ayuda de valor inestimable, cuidaba de nuestra pequeña Aurora y la dormía con ese toque mágico tan propio de las ancianas. Con el trajín de la vendimia y la organización de la casona no nos detuvimos a recapacitar. Mi yaya era, sin lugar a dudas, la mejor niñera del mundo para nuestra hija. Además, lucía renovada y rebosaba energía: sus pies volaban allá donde la necesitábamos sin llamarla.

Cada noche Raúl y yo nos susurrábamos sobre la almohada que no podíamos alargarlo ni un día más. Pero los meses transcurrían y no conseguía reunir el coraje para sincerarme. En una ocasión intenté enumerarle las razones por las cuales debería irse: a descansar y descubrir lugares nuevos, le sugerí cariñosa. Pero sobre todo porque no sabíamos cómo explicar a los vecinos su presencia en la finca. Sin embargo, con las festividades de verano a la vuelta de la esquina, me replicó que de marcharse nanai. Este siempre sería su hogar. Adoraba tejer y contemplar cómo la suave brisa del atardecer mecía las hojas de las vides en su silla baja de enebro. Le encantaba encender la chimenea con leña de encina y observar a su nieta jugar mientras entonaba seguidillas. Y desde luego, nunca se había perdido un encierro y no lo iba a hacer ahora que habían adquirido la etiqueta de los más ecológicos de Europa. Contaba impaciente las jornadas restantes para organizar una merienda en el cotarro de la bodega y comerse un lechazo asado al horno maridado con un tinto. Por no hablar de las ganas que tenía de bailar en las charangas.

La cuestión es que esta tarde he descorchado una botella de nuestra mejor cosecha para hablarle con franqueza. El vino color rubí ha caído generoso en la copa provocando burbujas violáceas. Tras aspirar el intenso aroma a grosellas y arándanos he degustado el primer sorbo. El sabor aterciopelado a madera tostada me ha insuflado fuerzas. La he apurado y al escanciarme la segunda, como era de esperar, mi yaya se ha manifestado en la cocina. Gracias al morapio se lo he expuesto de carrerilla. De mis labios ha salido la realidad, pura y simple.

Mi victoria no ha durado mucho: me ha inspeccionado seria por encima de sus gafas de media luna logrando que me volviera a sentir una cría. Con un gesto

preciso—impropio de su avanzada edad—ha soltado en su regazo el bordado y me ha arrebatado la bebida. Y con la tozudez que caracteriza a los de su quinta me ha espetado que esta es la única eternidad aceptable y que no piensa cruzar ninguna ventana inmaterial al más allá. Vaya sarta de naderías, me ha recriminado indignada. Se ha endiñado el resto del caldo y, al tragar, el líquido le ha otorgado un tono picota a su piel translúcida. Ya más tranquila, me ha aclarado que se lo tomaba por mi bien, porque el alcohol se me había subido a la cabeza. Porque, ¡cómo iba a estar ella muerta!, si notaba la vida bullendo por las venas. Esta noche le rezaré a San Masín para que mañana los asistentes a los festejos de estío se embriaguen deprisa. Así, quizá, no se percaten cuando el espíritu de mi abuela acuda a las fiestas en honor a nuestro Santo apócrifo.